

**Adrian GOLDSWORTHY: Pax Romana. Guerra, paz y conquista en el mundo romano, Madrid, La Esfera de los Libros, 2017, 559 pp. ISBN: 978-8490609439**

Miguel Pablo Sancho Gómez  
*Universidad Católica San Antonio de Murcia*

### Guerra y conquista desde la destrucción de Cartago hasta la muerte de Caracalla

Por fin apareció en lengua castellana la última obra del reputado historiador británico Adrian Goldsworthy, autor de trabajos recientes tan meritorios como *Las Guerras Púnicas* (Ariel, 2002), *Grandes generales del ejército romano: campañas, estrategias y tácticas* (Ariel, 2005), *el Ejército romano* (2005), *César, la biografía definitiva* (2007), *La caída del imperio romano: el ocaso de Occidente* (2009), y *En el nombre de Roma. Los hombres que forjaron un Imperio* (2010). Al igual que los cuatro últimos, el presente volumen ha sido editado por la Esfera de los Libros.

Goldsworthy estudió historia antigua y moderna en St. John's College, Oxford. Doctor en Historia por la Universidad de Oxford, con especialidad en historia militar de Roma (1994), impartió clase en el King's College (Londres) y en la universidad de su Cardiff natal. Después de un curso sobre la II Guerra Mundial en la Universidad de Notre Dame (Indiana, Estados Unidos) abandona la docencia y se dedica exclusivamente a escribir.

Una vez más, podemos asegurar que el contenido de sus formulaciones no nos defraudó. Dotado de una nada desdeñable capacidad de análisis y un manejo conciso de las fuentes del periodo, Goldsworthy destila sus apreciaciones e hipótesis convincentemente y con claridad, con un tono reflexivo y moderado, digno de elogio, muy alejado en cualquier caso del estilo crispado y agresivo de una Mary Beard, por ejemplo, continuamente pendiente de poner la historia de Roma al servicio de ideologías actuales. Las escuelas de pensamiento político liberal que, de modo inmediato y apriorístico, considerarán cualquier “imperio” como algo nocivo y reprochable de por sí, indudablemente recibirán como una mala noticia la publicación de este libro, ya que defiende la postura contraria, con argumentos valiosos y una elocuente y cuidada puesta a punto.

El libro está dividido en dos partes (República e Imperio, o “Principado”). La primera parte tiene seis capítulos y la segunda ocho, con un total de catorce. En la primera parte se trata del auge de Roma, la guerra de conquista, la diplomacia y estrategia frente a las potencias rivales, el comercio y la explotación de la tierra, el gobierno de las provincias republicanas y la relación con los reyes extranjeros. En la segunda parte, en la que nos encontramos con un panorama histórico y social que se hará progresivamente diferente, se estudia la figura del emperador, las rebeliones, los disturbios y la resistencia contra Roma, los gobernadores imperiales, la vida cotidiana en el Imperio y las cuestiones que, desde nuestro punto de vista, son



las más logradas e importantes del trabajo: el ejército y su papel como defensor de las fronteras, garante de la seguridad contra las razias de los pueblos bárbaros y encargado por doquier de los esenciales servicios de guarnición.

Goldsworthy ofrece comparaciones con nuestro mundo, pero al contrario que la mayoría de autores contemporáneos lo hace con planteamientos acertados y satisfactorios, que aclaran al lector, acercándolo tanto a la materia de estudio como a la comprensión más efectiva del mundo romano y los diferentes fenómenos tratados a lo largo de los distintos capítulos. Las instituciones romanas, el competitivo *cursus honorum* y las despiadadas luchas aristocráticas por el poder son siempre explicados de una manera sencilla, y por lo tanto meritoria.

El imperialismo del que hizo gala Roma a partir de las Guerras Púnicas es mostrado desde una perspectiva amplia, sin prejuicios y sin las acrimoniosas acusaciones que llenan hasta la saciedad los trabajos de otros autores, dominados en su enfoque por los clichés de nuestra hipersensible sociedad. El autor goza de un gran dominio, muy bien ilustrado, del senado romano. Detalla sus reacciones ante los diferentes sucesos políticos y fenómenos sociales a los que debía enfrentarse como órgano de gobierno. Por lo tanto, las explicaciones al respecto son casi siempre satisfactorias.

El cambio del sistema político, que pasó de la República al denominado Principado, es analizado al detalle. Los tiempos rudos y ambiciosos de la expansión a ultranza fueron quedando poco a poco como un recuerdo del pasado. Augusto se vio rodeado de un equipo de asistentes de alto rango para ayudarlo y asesorarlo en la representación del poder y en las conquistas, pero sus sucesores no gozaron de tanta fortuna. Como consecuencia, la anterior guerra, exterior y expansiva, se hizo cada vez más rara. El prestigio personal permitió a Augusto emplear grandes y brillantes subordinados, pero ninguno de sus sucesores tuvo su carisma, por lo que delegar demasiado el poder creaba tensiones en un sistema crecientemente autocrático (quizás el contumaz recelo del emperador Tiberio, inmortalizado por Tácito, especialmente en lo referente al brillante César Germánico, sea el ejemplo más evidente de ello).

La habilidad del autor a la hora de equiparar diversas nociones, que, si bien relatan sucesos de distintas fuentes o dispares en el tiempo, ilustran semejantes problemáticas políticas y sociales (como las rebeliones, las relaciones con reinos y comunidades vecinas a los romanos, los estallidos de violencia, etc.), es una constante a lo largo de toda la obra. Una gran atención a todos los elementos y cuestiones referentes a los problemas de seguridad interior permiten que se comprenda claramente la realidad cotidiana y el día a día en Roma, una vez sus límites de influencia se solidificaron y asentaron. En otras ocasiones los planteamientos temáticos son aderezados con relatos atractivos sacados con habilidad de las fuentes literarias que tienen la capacidad indudable de atraer y enganchar al lector, de una forma que se puede considerar divulgativa, pero por ello menos rigurosa; decir que se trata de un buen recurso didáctico manejado con destreza queda más cerca de la verdad.

El libro muestra dosis admirables de prudencia, lucidez y realismo, que resultan muy bienvenidas en nuestro mundo, donde el pensamiento se hace cada vez más restrictivo y rígido. Podemos encontrar un caso importante cuando se pone en su sitio a las recientes interpretaciones sobre ciertas lacras como la inseguridad o el fenómeno del bandidaje, que resultaron indudablemente negativos para la sociedad romana en su conjunto, pese a que algunos estudiosos han querido rescatar la añeja imagen, fabulada y romántica, de lo que no eran sino

delincuentes organizados (página 321 y siguientes). La visión endulzada, predominante en la historiografía actual, y que quiere mostrar tales manifestaciones del crimen como válvulas de escape o muestras de desacuerdo con la estructura social es refutada por el autor. Las formulaciones expuestas sobre tal problemática podrían llegar incluso a parecer “políticamente incorrectas”; seguramente serán contempladas con desaprobación y hostilidad por los corazones más ofendidos de nuestro tiempo. Para nosotros, en cambio, son señales positivas. Representan síntomas tanto del profundo conocimiento histórico del periodo como de una gran madurez investigadora por parte de Goldsworthy, sin lastres o manchas extra-académicos debidos a las interferencias de otras cuestiones, como los intereses políticos o los grupos de presión, omnipresentes en ciertos sectores académicos actuales.

Merece destacarse especialmente el modo lúcido, argumentado e incontestable en el que se desmontan completamente las recientes teorías según las cuales los emperadores creaban, “construían”, una imagen artificial del *bárbaro*, como ente agresivo y peligroso, para “satisfacer” su “necesidad” de obtener victorias militares ante sus súbditos, pero que en realidad ocultaban meras “campanas de agresión” contra gentes inocentes (página 424 y siguientes). Tal interpretación, carente de cualquier tipo de apoyo en las fuentes, es promocionada por las escuelas de pensamiento relativista que desde hace unos años califican con frecuencia a cualquier enemigo de los imperios como meras “construcciones”, lo que en nuestro caso viene a significar, en otras palabras, que tales colectivos resultaban carentes de culpa; esto hace que nos preguntemos: ¿sucedieron entonces las invasiones bárbaras, o fueron otra *construcción*? Del mismo modo, trivializando los saqueos e incursiones forjados más allá de las fronteras, pero demonizando las operaciones de represalia de las legiones, se victimiza al agresor y se criminaliza al defensor; una dialéctica de plena actualidad, muy *open borders*.

Goldsworthy defiende lo contrario, con una sólida exposición de hechos en los que se muestra que las verdaderas víctimas, perjudicadas hasta la saciedad por las invasiones bárbaras, fueron los provinciales, que a lo largo del Rin y del Danubio vieron ciudades y pueblos destruidos, comunicaciones cortadas, etc. El comercio, la agricultura, la ganadería y la artesanía devastadas significaban tanto el colapso de la vida organizada al estilo clásico (griego y romano) como el fin de la recaudación de impuestos. En definitiva, la peor tragedia para cualquier emperador que se preciase de serlo. En cada ocasión en la que el ejército, por los motivos que fuesen, se vio incapaz de proteger las fronteras de las llegadas masivas de otros pueblos, una gravísima amenaza se cernió sobre el gobierno romano. De hecho, el Imperio estuvo a punto de desaparecer a mediados del siglo III por esas mismas invasiones bárbaras. Sin duda no fueron “construcciones” creadas por el estado romano.

En sentido contrario, mostraremos nuestro desacuerdo con un par de cuestiones expresadas en la obra. Nos llama ciertamente la atención, en primer lugar, que se señale a Britania como una provincia donde la aristocracia estaba anclada en el mundo rural (página 333). Se trata de una afirmación que convendría matizar a la luz de los numerosísimos y recientes descubrimientos arqueológicos en ámbitos urbanos, que han cambiado nuestras consideraciones sobre las ciudades romanas de la isla de forma notable. Esto resulta más chocante, si cabe, considerando que el escritor es oriundo de tierras británicas, y que por su condición de historiador del mundo antiguo debemos considerarlo al tanto de los últimos avances, especialmente tratándose de elementos que se incluyen en su material de estudio inmediato.

En segundo lugar, consideramos que se peca de una óptica demasiado simplista al catalogar un fenómeno tan complejo y amplio como el de las usurpaciones, de carácter endémico e incluso pandémico durante largas décadas, como reflejo únicamente de ambiciones políticas y luchas por el poder (página 465). Orosio<sup>812</sup>, sin duda un gran experto en rebeliones, por la época en la que le tocó vivir y escribir, afirmó que «efectivamente, nadie hace una usurpación sino tras madurarla, por sorpresa, llevándola a cabo en secreto y defendiendo su posición después públicamente; y el éxito de esta acción consiste en que te vean con la diadema y la púrpura ya tomadas, antes de que sepan quién eres». Uno no puede dejar de recordar los pensamientos del clérigo, que sin embargo no hacen justicia a las comprometidas situaciones a las que se enfrentaron los usurpadores en muchas provincias del Imperio. Estos personajes acabaron actuando ante las angustiosas llamadas de auxilio de los provinciales desamparados, más por responsabilidad que por ambición, sabiendo que posiblemente un final brusco y violento era todo lo que iban a recibir a cambio. La condición de aquellos empujados a la púrpura imperial tendía a ser precaria, como indicó en su día el maestro A. Schulten: «todo usurpador vive y muere con su suerte». Denostados por los regímenes políticos posteriores, cuando no directamente olvidados, los usurpadores eran conscientes de su debilidad: posiblemente todas las posibles opciones iban a resultar desastrosas, a corto y amargo plazo. Pero pese a todo, enfrentados a una gran responsabilidad, decidieron actuar.

Pensamos que al haberse especializado en la historia romana desde el siglo III a. C. hasta el siglo II de nuestra era, A. Goldsworthy (pese a su libro de 2009) no ha podido sopesar aún el fenómeno de modo completo, pues su efervescencia aparece exactamente tras el periodo en el que se centran la mayoría de sus estudios e investigaciones. Por otra parte, hemos de señalar la presencia de una serie de errores e inexactitudes en la traducción de Teresa Martín Lorenzo, que, si bien no deslucen globalmente el trabajo, sí resultan inconvenientes. Si se paliasen, la versión española gozaría aún de más lustre.

En cualquier caso, y para concluir, quisiéramos manifestar nuevamente que nos encontramos ante un libro provechoso, muy logrado. Qué mejor manera de cerrar esta reseña que con una frase del propio autor, que resume excelsamente los postulados defendidos con éxito a lo largo de toda la obra:

«Pensemos lo que pensemos de los imperios en general y de los romanos en particular, la *Pax* fue un logro notable que merece nuestra admiración, tanto si nos parece que compensa la barbarie de la conquista romana como si no» (página 478)

---

<sup>812</sup> *Historia contra los paganos* VII 40, 6.